

DSK: EL TRIUNFO DE LA ÉTICA NORTEAMERICANA

José María Román

Director General de la Fundación Ciudadanía y Valores (FUNCIVA)

Es clásico el debate acerca de los dos modos de enfocar el juicio ético sobre los personajes públicos en la cultura norteamericana y en la europea. De siempre, a los europeos nos asombraba y nos daba cierto pudor y enojo el detallado escrutinio a que se somete a cada aspirante a un cargo público en los Estados Unidos: su vida personal, profesional, familiar, gustos, aficiones, compañías, todo entra bajo el espectro del análisis ético para valorar su idoneidad para el cargo al que aspira. En Europa no. En Europa pensamos que la vida privada es otra cosa que no tiene por qué salir a la luz ni tenerse en cuenta a la hora de emitir un juicio político de un personaje público. La privacidad se considera como un valor tan fundamental como cualquier otro y bajo ese término de privacidad, se apela a la libertad del individuo para hacer lo que quiera y relacionarse con quien le parezca bien en su vida personal, sin responsabilidades ni consecuencias en sus encargos públicos siempre que no interfieran en el desempeño de sus compromisos oficiales.

Pues bien, después de un largo debate, libros, artículos, discursos, tesis, etc., en mi opinión triunfa – a pesar de lo que muchas veces he opinado- el modelo norteamericano. Los ciudadanos, la sociedad, tenemos el derecho –y la responsabilidad- de saber en manos de quién ponemos los asuntos públicos que a todos afectan. Se demuestra que nuestro comportamiento personal tiene su proyección, más o menos directa, en el comportamiento profesional. Que nuestros vicios y virtudes se proyectan, con consecuencias, en todo nuestro quehacer.

No es posible que el ejemplo de Strauss-Khan, y también podemos referirnos a Sarkozy, a Berlusconi, dejen indiferentes a los ciudadanos. Porque no podemos pensar que una cierta relajación moral no importa si su competencia es intachable. Porque los políticos no son meramente técnicos, ni expertos. Son políticos. Y lesiona la dignidad de la institución, del país al que sirven y representan un comportamiento indigno. Porque lesiona la dignidad también de otras personas a las que los personajes públicos deben la mayor consideración como servidores públicos. Lesiona también la dignidad de las instituciones cuando fiestas y bacanales se celebran en sedes del Gobierno o se utilizan regalos de Estado para un mejor disfrute de las

conocidas o lo que es peor se les “regalan” a esas ‘velinas’ puestos en las Cámaras de representantes: el ‘santuario’ de la democracia como regalo de una fiesta. Algo de la dignidad pública se está lesionando. Si la prepotencia propia de un presidente “conquistador” nos muestra luego un carácter que es capaz de poner en peligro el proyecto europeo, la cosa es seria.

En España el Gobierno nos ha dado una Ley de Violencia de Género que establece –por resumir- la culpabilidad del denunciado mientras no demuestre su inocencia. Cambió la cultura jurídica de dos mil años, por entender que el bien protegido era mucho mayor. Y este señor Dominique tiene una trayectoria de esos asaltos en plena sede de Ministerios y organismos internacionales. Si quien tiene sobre la mesa las penurias de las personas de tantos países a los que tiene que ayudar, elige hoteles de 3.000 \$ noche, ¿qué debemos pensar? Qué importa que domine muy bien las subidas y bajadas de los tipos de interés. Otros habrá que lo sabrán hacer. Mejor o peor.

Y esto es lo que ahora visualmente tenemos por delante. Cuando la moral se deja fuera de la política, enseguida degenera en violencia, decía Camus. Pero no es sólo la moral sexual o relacional como pueden poner de relieve estos ejemplos. La corrupción está cada vez más patente en el ámbito público cuando nos encontramos con gravísimos juicios de corrupción económica, institucional. Cuando la gente ya ha dejado de confiar porque la mentira y la deslealtad parecen prevalecer.

Es importante, si queremos vencer la auténtica indignación contra este sistema actual que llegue una regeneración de la vida pública. Los Estados Unidos, especialmente desde el escándalo de Watergate, crearon normativas y organismos muy rigurosos y estrictos para ayudar a que no volviese a ocurrir nada parecido. Hace falta más transparencia. Mayor exigencia ética. Si queremos cambiar el rumbo de la vida pública se requiere mayor integridad. Hacen falta hombres y mujeres íntegros en los que su vida privada y profesional nos devuelva la confianza en las expectativas que podemos tener acerca de su desempeño en los cargos públicos. La integridad hace referencia a totalidad. No hay personas parcialmente íntegras. Es cierto que no hay hombres perfectos, pero los errores personales si se pueden prever, se deben prevenir y si no se han podido evitar tendrán que tener consecuencias. Los 135 imputados en listas electorales no es el buen camino. El modelo norteamericano aparece como más solvente para una regeneración de la vida pública en nuestra cultura política.